

Dalí en busca de la dorada

Se levanta vital, la jaqueca ha desaparecido. Jaqueca producida por una falta de inspiración. La música de su viejo gramófono se ha convertido en una espiral de ruiditos irreconocibles. Vuelve a colocar la aguja en el vinilo y la melodía de *Bon día* empieza a sonar como un guiño a un futuro no estrenado. Los bigotes hambrientos de Salvador le indican la dirección. En la cocina, una olla respira acompasadamente como un monstruo moribundo. La nariz del artista se asoma por la boca de la olla; unos fideos perdidos flotan en un líquido amarillento. *¡Cómo me apetece pescado! Si tuviese una buena dorada... Mañana regañaré a la cocinera* -piensa. Descorre el visillo de la ventana: en la orilla de la cala unos pescadores preparan sus redes y las barcas para partir. Salvador, quizás por casualidad o posiblemente por aburrimiento, sale de la cocina precipitándose escaleras abajo.

Azul. Azul como sus cuadros. Azul a sal de mar. Azul olor a acuarela. Sí, azules son pinceladas espumosas besando la orilla de Port Lligat.

El cielo era un gran lienzo donde habitaban veinticuatro estrellas y una gran luna púrpura. Cada estrella tenía nombre de artista y cuando las miraba se encendían como farolillos. ¡Silvia! ¡Emma! ¡Carme! ¡Jaume! ¡Trini! ¡Enric!.. Salvador se sumerge en el paisaje y con determinación se acerca a un pescador de piel cuarteada y ojos marinos.

–Te doy 100 pesetas si me consigues una dorada que tenga misterio en la mirada –le informa Salvador.

–El señor como la desea: macho o hembra, tonta o con aptitudes artísticas...

–¡Hombre! Si me la consigues con aptitudes literarias, mejor, puesto que mientras ella me recita *Las coplas* de Manrique yo pintaré –le contesta con la firmeza de un genio.

El pescador con los ojos en blanco reemprende, junto con sus compañeros, el trabajo del mar. El pintor al comprobar que los pescadores se marchan se levanta enérgicamente:

–¡Esperad, esperad...! ¡Por mis bigotes, esperad! –les grita tras ellos.

–Pero ¿qué quiere ahora? –Le contesta el pobre pescador.

–¡Qué quiero mi dorada! ¡Voy con vosotros!

La barca ondula al ritmo de las olas plásticas. El horizonte se va tornando legañoso. El sol soñoliento da paso a una luna misteriosa que se refleja en las miradas de los marinos. De repente, unos cantos enigmáticos, misteriosos y electrizantes se apoderan del mar. Son sirenas. Los pescadores hipnotizados comienzan a bailar sin control mientras el agua parece convertirse en una masa. Cuanto más avanza la barca, la locura de aquellos hombres es mayor. Sin embargo, Salvador de pie y con su figura aquíjotada intenta localizar su deseada dorada ajeno al disparate que tiene a su alrededor.

De repente, el motor de la nave se para y los cantos melodiosos invaden a los hipnóticos tripulantes. Unas colas grandes al igual que ballenas y brillantes como purpurina aparecen en el agua.

–¡Mirad, incrédulos, son doradas gigantes! -vocifera, Salvador.

Decidido, el artista empieza a desabrocharse la camisa, a quitarse los pantalones y los zapatos. Y así, en calzones y calcetines negros, echo una piltrafa, sin pensárselo dos veces, se zambulle en el mar entre las inmensas colas.

Mientras Salvador pinta a su presa que chapotea alegremente en la bañera, oye abrirse la cerradura de su casa. Seguro que es Gala, pues el taconeo de sus zapatos lo confirma.

–Mon Amour... ¡Ya me ha llegado la inspiración y me he traído la modelo perfecta! Espero que no te importe que se quede a vivir una temporada en nuestra bañera.

Gala entra con la intención de besar a Salvador pero se queda sin habla al ver a una hermosa y elegante mujer con cola.

–¡Salvador! ¿¡Pero qué es esto!?

Él, tranquilamente deja el pincel en el bote de agua y le dice a la sirena que puede descansar.

–A veces no encontramos lo que queremos; encontramos lo que necesitamos –le explica Salvador Dalí.

Pili Egea